

Historia

LOS PAPAS

Y EL

ARTE

El camino del arte.-

La belleza creada, natural o humana, es reflejo de la belleza infinita de Dios. El arte se esfuerza por realizar la belleza, por expresarla. El arte, por consiguiente lleva a Dios: es uno de los regios caminos para internarse en el mundo infinito de la belleza sustancial.

Los Papas han reconocido siempre el valor humano y divino del arte. No han visto en él un enemigo, sino un poderoso auxiliar en la ascensión del espíritu hacia esferas superiores. El arte es pedagogía viviente y áureo pedestal de las más puras aspiraciones humanas. El arte despierta las dormidas capacidades del hombre y lo transporta a una región de sereno equilibrio. Por ello el don artístico por excelencia, la inspiración, fué desde antiguo considerado como un regalo de los dioses.

Conscientes del valor trascendental del arte, los Papas le han dispensado, al igual que a la ciencia, espléndido mecenazgo.

Las Bellas Artes.-

El mundo antiguo greco-romano logró una cúspide de madurez humana, que nunca ha sido superada ni igualada. La Iglesia Romana se encargó de salvar ese patrimonio cultural, cuando hordas vandálicas amenazaban con arrasar el nombre romano de la superficie de la tierra. Ella salvó el patrimonio de la antigüedad; lo conservó con solícita premura a la sombra de los Monasterios, convertidos

en colmenas del saber, en medio de las sombras de la barbarie.

No se detuvo aquí la incesante labor de la Iglesia. Ella incorpora, asimila, y sublima esa cultura, depurándola de la hosca escoria pagana. De ahí nació la formación humanística clásica, base de la cultura occidental. Formación emprendida con espíritu cristiano.

La Iglesia profesa tal estima hacia esta cultura que la prescribe como necesaria para los candidatos al sacerdocio y la defiende, como la mejor, para la formación de los adolescentes.

Entre los Papas descuellan grandes humanistas. Bástenos citar a un San Dámaso, a un San León o a un San Gregorio Magno.

Gracias a esta actitud espiritual de Roma ante las bellas letras, y en especial, ante la cultura greco-romana, han florecido en el seno de la Iglesia, a través de todos los siglos, una pléyade de brillantes escritores, de inspirados poetas, de elocuentes oradores. Casi todos ellos ostentan un fondo de sereno equilibrio y de áurea sofrosyne, que delatan a las claras las fuentes clásicas donde bebieron. Algunos siguen de cerca las huellas clásicas, trasponiéndolas a la zona luminosa de lo cristiano.

Desde Prudencio, que engasta en el bronce de sus versos la sangre florida y palpitante de los mártires, hasta el lírico fray Luis de León, que en sus Odas prolonga la vibrante emoción horaciana.

Desde Eusebio, padre de la historia eclesiástica, hasta Mariana, cuya sabrosa prosa añeja se ajusta a los moldes trazados por Tucídides y Tito Livio.

Desde el Crisóstomo, sonoro raudal de elocuencia, hasta Vieira, en cuya voz palpita la indignación de Demóstenes y el brillo de Cicerón.

Y entre todos, el máximo poeta cristiano: el que levantó una catedral de piedra y luz para glorificar lo temporal y lo eterno, lo divino y lo humano. También Dante se reconoce fiel discípulo de Virgilio:

"Or se'tu quel Virgilio e quella fonte
che spandi di parlar si largo fiume?"
"O degli altri poeti onore e lume,
rispos'io lui con vergognosa fronte.
vagliami il lungo studio e il grande amore
che m'a fatto cercar lo tuo volume.
Tu se'lo mio maestro e il mio autore:
tu se' solo colui da cui io tolsi

lo bello stile che m'a fatto onore".
(Pug., II, I, 79-87)

"Hermanas de la poesía —según se expresa Chateaubriand— las bellas artes siguieron los pasos de la Religión cristiana: ellas la reconocieron como madre desde que apareció en el mundo; ellas le prestaron sus encantos terrenales; la Religión, en cambio, les dió su divinidad; la música encarnó sus cantos; la pintura la representó en sus triunfos dolorosos; la escultura se complació en soñar, con ella sobre las tumbas; la arquitectura le levantó templos, sublimes y misteriosos como su pensamiento" (Genie du Christianisme, P. III, L. I, C. I.)

La Música.-

La Religión Cristiana, esencialmente melodiosa y armónica, se sintió siempre atraída hacia esa excelsa forma de expresión humana para elevar el corazón a Dios: la música. Envuelta en armonía quiso Roma que subiera la plegaria de los fieles a la presencia de Dios. "Quien ora cantando, doblemente ora".

Como por instinto, los cristianos han convertido la música en instrumento de educación del alma. Los misioneros la cuentan como poderoso auxiliar para adentrarse en la recóndita sensibilidad de los infieles.

Chateaubriand hace el más cumplido elogio del poder transformador de la música:

"El Cristianismo inventó el órgano y prestó hondos suspiros al mismo bronce. Salvó la música en los siglos bárbaros; dondequiera que ha colocado su trono, ha formado un pueblo que canta tan naturalmente como los pájaros. Cuando civilizó a los salvajes, no lo hizo sino por medio de la música; y los Iroqueses, que no habían cedido a sus dogmas, cedieron a sus conciertos. Religión de paz! tú no has dictado a los humanos, como lo hicieran otros cultos, preceptos de odio y de discordia: tú les has enseñado solamente el amor y la armonía."

(Genie du Christianisme, III,I,I.)

Los Romanos Pontífices protegen, defienden y depuran la música sagrada. Pío X, con su Motu propio, salva el patrimonio del Canto Gregoriano, suprema expresión de ritmo y poesía. Funda el afamado Instituto Pontificio Superior de Música Sagrada. Vinculados a este Institu-

to ¿quién no recuerda los nombres de Perosi, Refice, Casimiri y Suñol?

A la sombra del Vaticano florecen los acordes de Palestrina y la musicalidad celestial de la Capilla Sixtina.

La pintura y la escultura.-

A través del mundo del color y de la forma, el Cristianismo eleva las almas a Dios.

Divina pedagogía! En lo visible, fulgura lo invisible; en lo tangible lo espiritual; en lo fugaz, lo eterno.

Puesto de honor a estas dos bellas artes le concedieron siempre los Romanos Pontífices.

Baste —para convencernos de ello— hacer una rápida enumeración de las salas de los Museos Vaticanos. En ellas fueron acumulando los Papas, con cariño de artistas y generosidad de Mecenas, el patrimonio cultural de los siglos.

La escasez de tiempo no nos permite detenernos en ellas. Recordemos: el MUSEO PIO-CLEMENTINO, con sus SEIS SALAS; la de la CRUZ GRIEGA, la redonda, la de las musas, de los animales, estatuas y bustos; el maravilloso PATIO DE BELVEDERE, donde se han dado cita las más altas expresiones del arte griego, desde el torturado Laocoonte hasta el olímpico Apolo de impecables líneas y majestuosa serenidad; el GABINETE DE PERSEO; el de HERMES; la SALA DE LAS INSCRIPCIONES; el ATRIO DEL TORSO, así llamado por la admirable escultura conocida con el nombre de torso de Belvedere; el MUSEO CHIARAMONTI, con sus 60 secciones y sus 300 metros de largo; la GALERIA LAPIDARIA, con sus 5.000 inscripciones paganas y cristianas; el BRACCIO NUOVO, con su riquísima estatuaria; el MUSEO ETRUSCO, con sus ONCE estancias; la GALERIA de los CANDELABROS, con sus ochenta metros de largo; el MUSEO PROFANO, con sus TRES SALAS de arte imperial romano; el MUSEO CRISTIANO, con sus TRES SALAS; la CAPILLA SIXTINA, con el vibrante genio de MIGUEL ANGEL adherido a sus paredes; las SEIS SALAS de los APARTAMENTOS BORGIIAS; la suave policromía de las ESTANCIAS DE RAFAEL; el capricho pompeyano de las LOGIAS DE RAFAEL; la MODERNA PINACOTECA; la GALERIA DE LAS

CARTAS GEOGRAFICAS; la GALERIA DE LOS TAPICES. . .

La Arquitectura.-

Florece la arquitectura al conjuro de la inspiración de Roma y bajo el mecenazgo de los Romanos Pontífices.

Allí mismo, en la Ciudad Vaticana, está la más alta maravilla de los siglos. Gracias al apoyo pontificio, Miguel Angel pudo llevar a cabo su genial inspiración: colocar la cúpula del panteón sobre la Basílica constantiniana.

Si salimos del Vaticano y nos internamos por la ciudad de Roma, en cada ángulo encontraremos un poema de piedra que nos habla de la voluntad artística de los Papas.

A través de la arquitectura romana se palpa, en forma sensible, el triunfo del cristianismo sobre el mundo pagano; o mejor: la integración de lo sanamente noble y humano del paganismo por el Cristianismo. Será un templo, cuyas columnas y vetustas paredes son de origen pagano, pero cuya cúpula y decoración son cristianas.

Roma es un inmenso libro abierto; en las hojas de sus calles se puede ir leyendo la historia del arte cristiano, nacido al calor de los Romanos Pontífices. Desde el arte clásico incorporado y hecho cristiano, pasando por el arte antiguo cristiano y el arte medioeval, hasta el renacimiento, el barroco, el arte moderno. Imposible hacer este recorrido en los reducidos límites de un artículo.

De esta breve exposición creo se deduce con meridiana claridad que el Cristianismo, lejos de ser enemigo de la Cultura, es su más poderoso estímulo. Es su alma escondida y secreta. Se deduce, que los Romanos Pontífices, en esta gran síntesis de la cultura occidental, han desempeñado el papel de propulsores y mecenas, de orientadores de la cultura.

Epílogo.-

Cuando el viajero pisa por primera vez el suelo de Roma, queda fascinado. La fascinación de Roma, poema de piedra y de color: poema del agua rumorosa de sus fuentes y de la tibia oscuridad de sus catacumbas.

Esa fascinación que ejerce Roma no se disipa con el tiempo. Al contrario. Una vida entera es demasiado breve para a-

hondar en las riquezas de Roma: riquezas del espíritu y riquezas del arte.

Roma es una inmensa fragua: heroísmo y arte, historia y ciencia, todo en ella está fundido y brilla, con el resplandor de una luz única, inconfundible, misteriosa.

Es la luz de Cristo. La luz que se desprende de la colina vaticana y lo baña todo, lo transfigura todo.

Se ha hablado del misterio de Roma. Y, cierto, Roma tiene un misterio.

Roma y su misterio han arrancado los acentos más líricos a todos los pechos, profanos y cristianos.

Desde la celeberrima salutación de Ignacio de Antioquía hasta las frases ardiendo de Su Santidad Pío XII, romano de nacimiento.

“Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios:

A la Iglesia que alcanzó misericordia en la magnificencia del Padre altísimo y de Jesucristo, su único Hijo; la que es amada y está iluminada por voluntad de Aquel que ha querido que todas las cosas que existen, según la fe y la caridad de Jesucristo Dios nuestro; Iglesia, además, que preside en la capital del territorio de los romanos; digna ella de Dios, digna de todo decoro, digna de toda bienaventuranza, digna de alabanza, digna de alcanzar cuanto desee, digna de toda santidad; y puesta a la cabeza de la caridad, seguidora que es de la ley de Cristo y adornada con el nombre de Dios: mi saludo en el nombre de Jesucristo, Hijo del Padre”.

(Ignacio Mártir, Carta a los Romanos, Introducción.)

Y es Dante —permitidme que cite de nuevo al Poeta inmortal— quien no encontró elogio más cumplido para enaltecer el misterio de Roma, que convertirla en símbolo del Paraíso y dar a Cristo el título de romano:

“Qui sarai tu poco tempo silvano;
e sarai meco senza fine cive
di quella Roma onde Cristo e romano”.
(Purg., XXXII, 100-102)

Y es un gran orador contemporáneo, Benito Mussolini, quien en ardiente alocución expresa lo que para él representa Roma:

“Misterio es su origen. Misterio es, también, en la historia de Roma, la

tragedia de Cristo, que en esta ciudad encuentra su consagración, nuevamente universal e imperial.

El pueblo italiano tiene una fe, es creyente, es católico, Italia tiene el privilegio único de poseer el centro de una religión desde hace cerca de dos mil años. No ha sido por mera coincidencia o capricho de los hombres el que tal religión haya sido irradiada desde Roma”.

(Discurso del 24 de mayo de 1918)
Misterio de Roma que pone de relieve un historiador contemporáneo:

“¡Oh Roma Sacra! ¿Dónde se oculta tu misterio? Al recorrer hoy un observador diligente la capital del orbe católico con su vida y movimiento de gran ciudad, advierte a cada paso que en ella tiene su trono una voluntad soberana de naturaleza sobrehumana, que extiende desde ella su imperio sobre todo el mundo. Una voluntad que prescinde de fronteras; que se eleva sobre los fines y designios terrenos de la actividad de los modernos estados; que abraza con igual fuerza las más próximas, como las más apartadas regiones; que atiende únicamente a lo que es eterno en el hombre y en la humanidad. Eso es lo que se hace sensible en Roma; esa es la fuerza que surge de este centro de atracción; lo que mantiene las miradas de tantos

millones de hombres, aun en los más apartados confines, constantemente dirigidas a esta ciudad; a saber, un misterioso poder que no procede de este mundo, y al cual una voluntad superior ha unido indisolublemente a Roma en los primitivos tiempos del Cristianismo: la roca sobre la cual Cristo fundó su Iglesia: el Papado”.

(P. Sinthren, Roma Sacra, pp. 10 y 11)

Y es, finalmente, el Papa felizmente reinante, Pío XII, quien ante el misterio de Roma, exclama:

“De las profundidades de la opresión en que se había precipitado la Roma pagana, levántese más bella la Roma de Cristo, que va entonando himnos tras el lábaro de Constantino, y se llena de gozo vestida con la púrpura de los mártires, ornada con la tiara de los Papas, los lirios de las vírgenes y los lauros de sus fieles, resplandecientes en victorias que no tienen comparación ni con los resonantes triunfos de un César o de un Augusto”.

(Pío XII, por M. Kohlen, p. 123).

Si preguntamos por el misterio de Roma, sólo encontraremos una respuesta: sobre ella se perfila la mansa silueta de Cristo. Roma está llena de Cristo.

¿El misterio de Roma? La presencia en ella del “dulce Cristo en la tierra”.

El misterio de Roma es: el Papa.

CARLOS GUILLERMO PLAZA, S. J.

